

REPENSANDO EL PASADO FUNDACIONAL Y SUS PROTAGONISTAS EN *LA CARROZA DE BOLÍVAR* Y *ADIÓS A LOS PRÓCERES*

STEPHANIE SUÁREZ

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

Resumen: El siguiente artículo explora en su primera parte el desarrollo de las dinámicas historiográficas predominantes y altamente parcializadas en Colombia en el siglo XX, sus antecedentes, los factores externos y políticos que las determinaron y la vía educativa que consolidó sus elaboraciones, al igual que los precedentes que sentaron para la disciplina histórica posterior. En la segunda parte se expone cómo la literatura colombiana de principios del siglo XXI, a través de la confrontación o la sátira de las figuras históricas más prominentes y su cercanía con el poder militar, regresa precisamente desde la historia, sobre mecanismos institucionales inicuos que perpetuaron la tendenciosidad, el belicismo y la desigualdad social. Mofándose de sus honores o señalando sus orígenes respectivamente, *Adiós a los próceres* (2010) de Pablo Montoya y *La carroza de Bolívar* (2012) de Evelio Rosero promueven la desmitificación de lugares comunes dentro del imaginario histórico colombiano, que fueron producto de patrones de premeditación y sesgo de una historiografía que los modeló. Este proceso de desacralización y desvelo es al mismo tiempo un acto literario en el que el uso y el cuestionamiento de las fuentes documentales y de archivo producen una narrativa que se desmarca de concepciones tradicionales de cronología o de género dentro de la novelística histórica del país.

Palabras clave: Literatura colombiana, Historia oficial, Pablo Montoya, Bolívar, Evelio Rosero.

Abstract: The following article explores in its first part the development of the predominant and highly biased historiographic dynamics in Colombia since the 19th century, their background, the external and political factors that determined them, and the educational ways that establish their products, as well as the precedents they set for the subsequent historical discipline. The second part explores how the Colombian literature of the beginning of the 21st century through the confrontation or satire of the most prominent historical figures and their closeness to the military powers, goes back from history to wicked institutional mechanisms that perpetuated bias, warmongering and social inequality. Mocking their honors or pointing out their origins respectively, *Adiós a los próceres* (2010) by Pablo Montoya and *La carroza de Bolívar* (2012) by Evelio Rosero promote the demystification of common places within the Colombian historical imaginary that were based on patterns of premeditation and bias of a historiography that shaped them. This process of desacralization is at the same time a literary act in which the use and questioning of archival sources produce a narrative that sets itself apart from traditional conceptions of chronology or literary gender within the historical novel in the country.

Keywords: Colombian literature, Official history, Pablo Montoya, Bolívar, Evelio Rosero.

1. Antecedentes del relato histórico en Colombia: generalidades, contexto y enseñanza

Por décadas, en Colombia los relatos históricos que se difundían con la enseñanza escolar provenían de una tradición historiográfica grandilocuente, centrada en los próceres de la historia y cruzada por la moralidad religiosa. La larga preponderancia de un relato así no ocurría exclusivamente por una falta de desarrollo social o académico, sino que obedecía también en mucha medida a que no era fácil para cualquier ciudadano o estudioso generar y difundir un discurso histórico opuesto y de igual tamaño y alcance que el institucional.

A pesar de que en Colombia el acceso a la educación y la creación de nuevas instituciones educativas fueron en aumento en el siglo XX, varias razones impidieron que, en los parámetros de calidad de la educación, la enseñanza y la importancia de la historia vieran un crecimiento proporcional a esta expansión y que, en consecuencia, la investigación, específicamente la histórica, expandiera sus alcances.

Entre estas razones está la prioridad estatal de combatir los conflictos y las guerras que derivaron en medidas administrativas en las que el mayor porcentaje del esfuerzo gubernamental y de la inversión pública, dentro del presupuesto nacional a lo largo del siglo XX y principios del XXI, se enfocaran en el Ministerio de Defensa, en detrimento considerable de los presupuestos de los ministerios de educación, cultura y salud. Estas entidades fueron de crecimiento intermitente y las primeras en sufrir recortes con el agravamiento del conflicto armado y el crecimiento de la fuerza pública. Pero otra de las razones, y tal vez la de mayor peso, fue la injerencia del Gobierno y de la política en la educación y en la enseñanza de la asignatura de Historia.

La Constitución de 1886, que rige casi todo el siglo XX, declaraba a la religión católica como la religión de la nación y uno de los elementos esenciales para guiar el orden social. Dentro del orden bipartidista, la cercanía del partido conservador a esta iglesia le otorgaba preeminencia en los temas educativos por encima del Partido Liberal. Esto se tradujo como una apropiación y mandato directo asumidos por los conservadores sobre los contenidos de la educación desde la segunda mitad del siglo XIX hasta la primera mitad del siglo XX —las políticas educativas de acento religioso y partidista van a marcar la praxis pedagógica hasta finales del siglo XX, cuando Colombia se convierte en un Estado «laico» con libertad religiosa con la Constitución de 1991—.

Es por iniciativa del presidente del Partido Conservador, José Manuel Marroquín (1900-1904), que la educación se divide en las enseñanzas escolar, bachiller y universitaria, y que se crea la Academia Colombiana de Historia (en 1902, último año de la Guerra de los Mil Días) como «órgano consultivo del Gobierno Nacional»¹. La asignatura de Historia se instaura a partir de aquí dentro del plan educativo con una intensidad horaria regular —que con el avance del siglo XX se va haciendo mínima— y con un objetivo que se aleja del de la construcción y la transmisión del conocimiento histórico; esto es: buscar la simpatía por los valores y «la historia patria» tratados con solemnidad religiosa que el partido conservador difunde como una forma de promover obediencia al Estado y despertar lealtades en medio de una nación inequitativa y en guerras.

En efecto, ante la imagen de una patria deshecha, en la que actuaban los traumas dejados por la guerra civil, la herida de Panamá, las amenazas externas, las crisis económicas, la miseria en campos y ciudades, los seculares odios políticos y otros factores de conflicto y disgregación, se planteaba la urgencia de rehacer los fundamentos de la patria y los lazos de unidad nacional. Se pensó entonces en aprovechar la festividad del centenario [1910] para escenificar dicho propósito nacional y patriótico. Entre las diversas actividades programadas, se abrió un concurso con el propósito de seleccionar la mejor obra para la docencia de la historia patria. Se entendía que dentro de los elementos que debían contribuir a la construcción de la nacionalidad estaba la enseñanza de la historia. Este fue el momento de [Jesús María] Henao y [Gerardo] Arrubla. No sólo el jurado calificador, sino también la Academia de Historia y el mismo gobierno destacaron desde un comienzo las virtudes pedagógicas de la obra [de los dos autores], aduciendo, entre otros aspectos, la «claridad y método» de la exposición, el respeto a la «verdad histórica», la «imparcialidad» en relación con las agrupaciones partidistas y «el santo amor a la Patria» que buscaba inculcar. Desde 1910, la obra fue adoptada como texto oficial para la enseñanza (Tovar Zambrano, 2016).

Henao y Arrubla eran dos destacados miembros de la recién creada ACH, claramente de ideologías conservadoras y con intereses académicos por la historia eclesiástica y los personajes históricos y religiosos, respectivamente. La edición de su obra *Historia de Colombia para la enseñanza secundaria* (1910) va a ser prolífica y va a alcanzar con fuerza la educación primaria y universitaria públicas y privadas hasta la década de los años 40. El concurso mencionado y la ACH buscaban sentar un ambiente de armonía y patriotismo en el país. En su análisis de la obra de Henao y Arrubla el historiador Jorge Orlando Melo anotará:

El tema central del libro está en la Independencia. En su versión para la enseñanza secundaria, dedica el 7% del texto a las culturas indígenas, el 16 % al descubrimiento y conquista, 20% a la colonia, 40% al periodo de 1810 a 1830 y 15% al primer siglo

¹ Para más información: [<http://academiahistoria.org.co/index.php/quienessomos>].

de vida republicana. Casi el 80% del texto se refiere a los años de 1500 a 1830. [...] insiste en una visión de la nación colombiana conformada en su historia por españoles, negros e indios, pero bajo la primacía cultural de los primeros, «raza superior y victoriosa». [...] pese a sus pretensiones de imparcialidad, el texto está lleno de juicios implícitos transparentes: una visión cristiana y tradicionalista del orden social, que ve en las movilizaciones populares el resultado de manipulaciones demagógicas y atribuye al patriciado culto una moderación sabia, que contrasta con los extravíos y embriagueces propios del pueblo, siempre próximo a la anarquía. [...] La obra termina con una defensa de la constitución de 1886, por el «restablecimiento de la unidad nacional» y la devolución de la «libertad de la Iglesia Católica», por la «definición clara de las libertades individuales» y el «principio de autoridad vigorizado» (II, 622) y con una censura a «la terrible guerra de tres años hecha por el partido liberal» (Melo, 2010: 12-15).

Buscando en sus antecedentes tenemos que, para la construcción de los discursos históricos y fundacionales de la nación a principios del siglo XX, los historiadores académicos del país como Henao y Arrubla tuvieron como modelo historiográfico relatos históricos del siglo XIX como la *Historia de la Revolución en la República de Colombia* (1848) de José Manuel Restrepo, *Historia Eclesiástica y Civil de la Nueva Granada* (1850) de José Manuel Groot o el *Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada en el siglo decimosexto* (1869) de Joaquín Acosta. Este hecho le daba un aura de irrefutabilidad a las nuevas narraciones que afectaron en adelante el tono y la prosa de los escritos en toda la primera mitad del siglo XX. Es esta parcialización hacia el poder político y religioso lo que le va a dar preeminencia, permanencia y difusión mediática e institucional a estos relatos, que van a variar poco dentro de la disciplina de la historia en este siglo.

Concretando las anteriores ideas: las narraciones del siglo XIX se caracterizaban por detentar preferencias hacia sucesos o personajes del pasado de la Independencia o hacia los nuevos estatutos de la nación, lo que les reportó prestigio entre las élites políticas, el poder y las instituciones académicas que dieron forma posteriormente al cuerpo teórico de la educación pública. El enfoque del discurso histórico era oligárquico y pronto esta narrativa se convirtió en otro campo de batalla donde los historiadores de cada partido buscaban la supremacía sobre el otro. La visibilidad que alcanzaban estos estudios como parte de los discursos de los partidos políticos que luego regían las instituciones reforzó la tendencia de los gobiernos a buscar en el pasado su legitimidad histórica, política y social. En el plano metodológico la investigación para la producción de los textos históricos en el siglo XIX se basaba principalmente en la consulta de los archivos virreinales, los cronistas neogranadinos y los archivos eclesiásticos.

Como señalará el historiador colombiano Jorge Orlando Melo:

Los libros de Restrepo, Acosta y Groot formaron desde entonces el núcleo tradicional de la historiografía colombiana, y fueron la base principal de muchas reelaboraciones posteriores. Sus interpretaciones alcanzaron la condición de lugares comunes y sus ocasionales errores llegaron hasta los manuales de enseñanza. Y los límites que ellos mismos adoptaron para sus obras —historia militar y política; papel de la Iglesia en la cultura nacional; concentración en el siglo XVI y en el período de la Independencia— son todavía los límites tradicionales del trabajo histórico en Colombia, y los que definen los «nudos historiográficos» [...] Estos caracteres tradicionales de la historiografía se reforzaron durante las primeras décadas del siglo XX, en especial bajo la tutela de un cuerpo destinado principalmente a la preservación y conocimiento de las tradiciones del país: la Academia Colombiana de Historia (Melo, 1969).

La ACH nace a principios del siglo XX con un objetivo institucional de consulta al Gobierno y también con otro social que es, por una parte, mediar en la tensión de los historiadores de cada partido y, por otra, «investigar, analizar y difundir la historia de Colombia para contribuir a la formación de la identidad nacional y de la ciudadanía»². Los documentos públicos, las historiografías anteriores y la prensa sumamente politizada se convirtieron ahora en las fuentes documentales y las bases del discurso histórico. En adelante, la investigación para la construcción del discurso histórico en el siglo XX fijaba como modelos los discursos históricos del siglo XIX y basaba su investigación en la revisión de los fondos de la ACH —que recopilaba gran cantidad de escritos de los historiadores liberales y conservadores del siglo XIX— y en los archivos institucionales que conformarán a finales del siglo XX el acervo del Archivo General de la Nación³. Las fuentes documentales que podían encontrarse en la ACH, como señala su sitio oficial, eran —y son— principalmente:

[...] la colección de documentos originales recibidos en donación por los descendientes de ilustres colombianos, políticos, diplomáticos, historiadores, geógrafos, etc. Se trata de archivos particulares que a su vez reúnen cartas y documentos de diversas épocas, así como correspondencia y textos originales de los personajes de la historia nacional.

² Más información disponible en: <http://academiahistoria.org.co/index.php/component/k2/item/795>].

³ Son los textos de diferentes instituciones públicas los que luego conformarán los fondos del Archivo General de la Nación, el cual no será un «establecimiento público de orden nacional» autónomo hasta el año 1989. La creación de este ente tiene distintos antecedentes institucionales desde el siglo XIX. Primero como una dependencia de la Secretaría del Interior en 1868 llamada Archivo Nacional, que es el responsable hasta 1913 de conservar los documentos que generan varias instituciones públicas sobre la gestión gubernamental nacional e internacional. A partir de 1913 y hasta 1986 distintas leyes y reformas que muestran la preocupación por la conservación y protección de los documentos de la Administración Pública van consolidando la decisión de crear una entidad que reúna y preserve el patrimonio documental de la Nación. Es en 1992 cuando esta institución que salvaguarda toda la documentación pública y posteriormente patrimonial empieza a ejercer las políticas de archivo a nivel nacional en las instituciones públicas.

Lo conforman también fotografías, mapas, microfilmes tomados del Archivo General de la Nación (AGN), del Archivo General de Indias (AGI) y el de la casa natal de Bolívar en Caracas. [...] Así se destaca el conocido como «Saldo del Archivo Santander», adquirido por la Academia de los restos que se salvaron de ser vendidos al gobierno de Juan Vicente Gómez en 1928. De los héroes de la Independencia, expresidentes e insignes personajes de nuestra historia se destacan los archivos parciales de Tomás Cipriano de Mosquera, José Hilario López, Pedro Alcántara Herrán, Pedro Antonio García, Camilo Torres y Salvador Córdoba, así como los de Rafael Uribe Uribe⁴.

Tenemos entonces que, al concentrarse las fuentes documentales en los fondos de la ACH, en los documentos dispersos en diferentes instituciones públicas que van a conformar los fondos del AGN y en los contenidos de lo que luego se llamará «la gran prensa»⁵, unido a los intereses de las casas políticas tradicionales, se instaura y se estrecha desde la institución pública una relación entre poder, política e historia. Para Melo estos tres sectores con esta aproximación influyen en que, en el campo histórico, a partir de los años 40 con la entrada de nuevas formas de pensamiento, se abriera una brecha entre lo que se conoce como la «Historia oficial» de carácter meramente institucional y la historia que empiezan a redactar las nuevas generaciones de historiadores del país a partir de la década de 1970, que va a tener un alcance sumamente reducido en comparación con la primera. La historia, avalada por el ámbito político y por la institución pública, al tener atribuida una función pedagógica, mantuvo una concepción que la definía como:

[...] un conocimiento de eficacia moralizante y ejemplar, cuya función principal es despertar, en lectores y estudiosos, sentimientos patrióticos y de reverencia hacia el pasado y hacia las figuras a las cuales puede atribuirse mayor influencia en la conformación de las instituciones básicas del país. Esto quiere decir que lo históricamente significativo está definido por criterios extra científicos, en este caso por criterios morales y nacionalistas, lo que implica la sobrevaloración de aquellos períodos e incidentes propicios para la manifestación de virtudes ejemplares, que se dan principalmente en un marco de actividades militares y, en menor grado, para virtudes de orden «civilista», en épocas de graves conflictos políticos. Tal orientación confirma por lo tanto lo que la tradición del novecientos había establecido: la tendencia a reducir la historia a la sucesión de acontecimientos políticos y militares (Melo, 1969).

⁴ [<https://www.academiahistoria.org.co/index.php/biblio/fondo-ach>].

⁵ Los dueños de la llamada «gran prensa» en Colombia, medios de comunicación (en un principio solo escritos) que replegaban sus intereses a los de la oligarquía, eran en su mayoría políticos. Entre los más antiguos y reconocidos con tiraje nacional estaban *El Espectador* (1887-, en sus inicios de filiación liberal), *El Tiempo* (1913-, en principio de filiación liberal, como el anterior), *La República* (1954-, en sus inicios conservador, es el primer diario económico del país) y *El Siglo* (o *El nuevo siglo* después de 1990, 1936-2004, de filiación conservadora).

En la segunda mitad del siglo XX, en el desarrollo del conflicto, esta concepción institucional se mantiene intacta, aunque encuentra discordancias en el mundo académico que ahora está centrado en los acontecimientos políticos, militares, económicos o sociales anteriores a La Violencia.

La heterogeneidad de la calidad del sector educativo público, que variaba según la zona del país (urbana o rural), fue propicia para el crecimiento y fortalecimiento de la educación privada, que en el aspecto de inclinaciones políticas fue igual de incisiva que la pública, por lo que se inclinó por la enseñanza de la «versión de historia» aceptada por sus partidos. Hasta 1948 no se crea en Colombia la primera universidad (privada) «laica e independiente de los partidos políticos»⁶.

Un factor que termina por hacer inamovibles los enfoques históricos predominantes alineados con el oficialismo va a ser el conjunto de políticas por el nuevo estado de guerra de mediados del siglo XX, que se ajusta a las dinámicas administrativas que venían desde el final de la Guerra de los Mil Días en 1902 y que se instauran a partir de la firma de los acuerdos del Frente Nacional en los inicios del conflicto. Estas consistían, con base en las leyes de perdón y amnistía, en aplicar un «pacto de olvido» con el que los sucesos de violencia quedaban anulados de la vida jurídica del país y en consecuencia disminuidos en detalle, claridad y descripción dentro de los archivos institucionales que conformarían luego el AGN, fuente considerable —y defectuosa— de la investigación historiográfica en el siglo XX.

Ignorando por completo el carácter económico, social y revolucionario de la «nueva» violencia, las élites prefirieron hacer caso omiso del pasado sangriento. Así, como indica Darío Acevedo Carmona, ya el documento fundacional del Frente Nacional, el Tratado de Benidorm, fue concebido como un «pacto de olvido» por sus artífices Laureano Gómez y Alberto Lleras (Acevedo Carmona, 229-236). Por lo tanto, la retórica política en los primeros años del Frente Nacional giraba alrededor de tres elementos discursivos: paz, reconciliación y olvido. Los líderes políticos subrayaron la importancia de olvidar el pasado, «por el bien de todos», a través de numerosos debates parlamentarios, de la prensa y de eventos públicos (Schuster, 2010: 32).

Esta tendencia gubernamental hacia el olvido persiste con el paso del tiempo en forma de medidas en las que los enfrentamientos armados, paralelos y posteriores al Frente Nacional, no son una prioridad para la historia oficial ni para la «pacificación» del país, por lo que hay una disposición de parte de la institución pública para que otro tipo de discurso histórico permanezca en el ámbito educativo y público. El discurso histórico que prevalece

⁶ Universidad de Los Andes. Más información en: [<http://uniandes.edu.co/institucional/informacion-general/historia>].

durante el conflicto (1958-2012)⁷ no pierde de vista las intenciones de unificación ideológica antiguas, por lo que la parcialidad sigue incrustada en su concepción y desarrollo.

En el artículo de Hans-Joachim König «Colombia: país político-país nacional. El problema de la conciencia histórica», incluido en el tomo antológico de Karl Kohut sobre literatura colombiana *Imaginación y barbarie* (1994), el autor, miembro de la plantilla internacional de la ACH, muestra cómo los contenidos y las producciones sobre la historia colombiana, especialmente en el apartado de sus guerras, fueron moldeados por los gobiernos desde las instituciones públicas que dirigían, afectando al desarrollo de la historiografía. Esto, además de generar un discurso histórico politizado y por períodos monopolizado, estimuló una acción académica que respondió por épocas con una historiografía donde se manifestaba la oposición política.

A partir de la década de los años 40 la expansión de ideologías como la marxista fomentó nichos e intereses entre los círculos de intelectuales del país y en las instituciones académicas universitarias públicas. La investigación sobre diferentes aspectos de la clase obrera colombiana empieza a acrecentarse, al igual que el interés sobre otras cuestiones de la vida del país y su relación con las dinámicas políticas y comerciales. Hacia finales de la década de los 60, un grupo de historiadores empieza lo que ellos mismos llaman modestamente «nueva historia». Además de incluir en sus trabajos la historia económica y social, se posicionan a favor de la ruptura con la tradición historiográfica oficial que unos pocos historiadores ya habían empezado dos décadas antes⁸. La Historia como licenciatura no va a crearse en la universidad pública hasta la década de 1970 (Universidad Nacional de Colombia)⁹ y en la privada en la de 1980 (Universidad de los Andes)¹⁰. Así pues, la influencia del marxismo y de las nuevas formas de hacer historia en los años 40 cobra fuerza posteriormente, especialmente en la década de los 60, justo antes de que la historia se «profesionalice», cuando empieza a formarse una nueva generación de historiadores que, con poco éxito, trata de

⁷ Demarcación cronológica del Centro Nacional de Memoria Histórica de Colombia en su informe *¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad* (2013).

⁸ Esta ruptura poseía tres características: «era una ruptura política, en la medida en que casi la totalidad de los historiadores recién formados tenían perspectivas políticas de izquierda; era una ruptura metodológica, en cuanto se adoptaban instrumentos de análisis derivados de sistemas conceptuales como el marxismo, en primer término, y en menor grado aspectos de las teorías económica y sociológica; y era una ruptura temática, pues la mirada se dirigía ahora hacia sectores sociales antes ignorados, como los indígenas, los campesinos o los obreros y hacia áreas poco investigadas como la economía y el conflicto social» (Melo, 1991). Disponible en línea: [\[http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/grafia/cap4.htm\]](http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/grafia/cap4.htm).

⁹ Puede consultarse más información en línea: [\[http://www.humanas.unal.edu.co/historia/acerca-del-departamento/historia-del-departamento/\]](http://www.humanas.unal.edu.co/historia/acerca-del-departamento/historia-del-departamento/).

¹⁰ Más información disponible en: [\[https://historia.uniandes.edu.co/index.php/el-departamento/historia-del-departamento\]](https://historia.uniandes.edu.co/index.php/el-departamento/historia-del-departamento).

romper con las tradiciones historiográficas instauradas. Aún después de esto, como señala Konig en su artículo, el material pedagógico sobre la historia del país va a seguir siendo suministrado —o impuesto— por las fuentes oficiales. El material investigativo va a verse ante la disyuntiva de seguir un rumbo propio de muy modesto alcance, o enfrentarse para bien o para mal a los planteamientos de la institución oficial, cuyos discursos dominaban el área pública.

En la década de 1990 viene el punto más crítico para el discurso histórico en Colombia, ya que es cuando el Gobierno de Cesar Gaviria «eliminó la cátedra de historia del plan de estudios de los colegios y la fusionó con la de Ciencias Sociales» (*Revista Semana Educación*, 2017)¹¹, medida que con el tiempo se traduce en la minimización de los contenidos históricos nacionales dentro de la enseñanza. No es hasta finales del año 2017 que la cátedra regresa a las escuelas públicas y al plan educativo obligatorio privado.

A raíz de todo esto y de la escalada del conflicto, la producción del material histórico de la segunda mitad del siglo XX va a enfrentar un panorama de opacidad. Estos factores lanzan una bruma histórica sobre los acontecimientos del siglo XX en Colombia —un ejemplo premonitorio y llamativo es el de la época de La Violencia, donde muchos expertos hasta la primera década del siglo XXI no coincidían (ni aún hoy a veces coinciden) en cuestiones específicas como etapas o fechas de los sucesos—. El discurso histórico a lo largo de todo el siglo XX va a sufrir limitaciones externas y crisis internas.

Es a comienzos del siglo XXI cuando empieza a gestarse la urgencia de llevar a cabo una reparación histórica y a ser impulsada como iniciativa por varios grupos de investigadores e historiadores. Esto está motivado en parte por el auge de los estudios coloniales, la globalización y las nuevas formas de información que hacen más visible la situación del país para sus propios ciudadanos y por la expansión de las teorías memorialistas. Con la creación del CNMH (Centro Nacional de Memoria Histórica) en el año 2009 y la reorientación de la

¹¹ Son más de 20 años en los que varias generaciones no reciben una formación consistente de historia nacional. Al volver a establecerse la cátedra por la legislación en 2017 empieza el debate por la nueva enseñanza de la historia en el país: «El debate alrededor de ese tema tiene a muchos preguntándose qué tipo de historia de Colombia está contando la academia, y qué tanto sus libros e investigaciones les están llegando a los colombianos de a pie, que no tienen conocimientos especializados ni pertenecen a un nicho científico. Para analizar el tema hay que entender que los especialistas de hoy escriben una historia muy distinta a la de hace varias décadas. De hecho, el primer gran manual de historia colombiana data de la primera década del siglo XX, de la pluma de Jesús María Henao y Gerardo Arrubla, y fue adoptado como texto oficial de enseñanza desde 1910, justo al celebrarse el centenario del grito de Independencia. [...] Y aunque la eliminación de la cátedra de Historia llevó a que ese tipo de publicaciones generales se estancaran un poco, una mirada a las novedades editoriales y a los libros publicados durante los últimos años deja ver que hoy aparentemente hay un buen momento para la disciplina. No solo por el auge de las novelas históricas, que mezclan hechos del pasado con ficción literaria, sino también por los libros de historia pura» (*Revista Semana Educación*, 2017).

gobernanza sobre un eje social y no militar que privilegia la educación en el año 2015, se intenta romper con una tendencia de producción histórica parcializada de más de un siglo. Se inicia la tarea de construir una historia del conflicto interno bajo otro tipo de parámetros, incluyentes y que aborden hasta el más opaco u oscuro de sus episodios. Apoyada en los datos de investigaciones particulares, de organizaciones no gubernamentales y de testimonios (de actores armados y víctimas) se inaugura una forma de construir el discurso histórico inédita en el país de la que hacen parte varios de los historiadores del replegado movimiento de «nueva historia» en los años 70 y de sus posteriores seguidores. Los resultados de los informes de esta institución llegan a las bibliotecas de los centros educativos en el año 2016. Con el cambio de gobierno en el año 2018, se posesiona una nueva dirección en el CNMH contraria a este movimiento que emplea rápidamente la censura de los contenidos desarrollados desde la creación de la entidad¹².

2. El relato histórico en *Adiós a los próceres* (2010) y *La carroza de Bolívar* (2012)

La contraposición literaria al relato histórico oficial se caracteriza desde finales del siglo XX por el enfoque no en la historia como un todo o una narrativa monolítica, sino en la figura de próceres o mártires políticos, y especialmente en la del personaje de Simón Bolívar¹³. El Libertador es la pieza clave de la historia de la guerra de la Independencia del siglo XIX que llevó a Colombia de ser un emplazamiento colonial a ser miembro de una nueva e ingente nación emancipada del poder español: La Nueva Granada. Desde principios del siglo XX, cuando se redactan las nuevas «historias de Colombia», la guerra de la Independencia es la génesis y el hito por excelencia. Bolívar es retratado e incrustado en el discurso oficial como el «padre de la patria» y partir de ese momento dentro del folclor colombiano representa el origen del país como tal, y su biografía simboliza metonímicamente todo el aparato histórico. Sin él, parece resumir esta lógica, no habría historia ni país y su guerra es la historia. Dentro del panorama educativo, hasta ya entrado el siglo XXI sus hazañas y las de los próceres son un contenido básico y central de lo que aún perdura de la enseñanza de historia en la escuela primaria y secundaria en el país.

¹² Más información en: [<https://www.eltiempo.com/justicia/conflicto-y-narcotrafico/debate-al-director-del-centro-de-memoria-historica-dario-acevedo-430420>].

¹³ De esta tendencia hace parte la persistencia temática en la literatura del candidato liberal Jorge Eliécer Gaitán, su asesinato y el Bogotazo en el año 1948.

Las obras *Adiós a los próceres* (2010) de Pablo Montoya y *La carroza de Bolívar* (2012) de Evelio Rosero ejemplifican cómo a través de la revisión de diferentes tipos de fuentes documentales (reseñas, entrevistas, cartas, etc) este proceso de extrema condensación temática en un contexto plagado de complejas y extensas turbulencias no fue arbitrario.

Es aquí donde germina la desconfianza hacia el relato de las bondades del Libertador y crece la objeción hacia sus intenciones militares. Esto se extiende en las obras hacia la desconfianza y la discrepancia con las instituciones estatales que se fundaron con su ayuda y preservaron por generaciones su biografía. Con una clara posición de displicencia hacia las estampas históricas más tradicionales, ya desde antes se ahondaba en la literatura en un desacuerdo fundamental con la legitimidad y la estructura del paisaje histórico que las contenía sin controvertirlas y de las que eran protagonistas.

Con la publicación de *Las cenizas del libertador* (1987) de Fernando Cruz Kronfly y de *El general en su laberinto* (1989) de Gabriel García Márquez, donde se relatan los últimos meses del «padre de la patria», se hicieron notorias las recepciones heterogéneas de la crítica respecto a obras que hablaban con un acento diferente al tradicional sobre el Libertador. Destacaron las reseñas de reprobación y rechazo hacia el libro de García Márquez, más que hacia el de Kronfly, debido a la fama de su autor y a que dotó al personaje de rasgos de decadencia física, escatológicos y de humor agriado, de poca concordancia con el pasado glorioso conocido.

La figura de Simón Bolívar, como la de otros personajes históricos que tuvieron un papel renombrado en la Independencia de las colonias españolas en Suramérica (específicamente Venezuela, Bolivia, Perú, Ecuador y Colombia, a la que Panamá estaba anexada), no se libró por tal logro del señalamiento y la crítica. En la biografía de Bolívar, por ejemplo, como en la de cada personaje histórico, hay sombras que, en comparación con sus conocidas apoteosis, son opacidades mínimas que nunca alcanzaron a mermar la positiva relevancia que se les otorgó a estos personajes en las historias nacionales. Pablo Montoya, en su estudio *La novela histórica en Colombia 1988-1998* (2009), hará un recorrido por la literatura del país que retoma este lapso que él llama «El caso Bolívar». Una novelística que toma la figura de Bolívar para desde allí abarcar los próceres y todo el ámbito de pequeñas guerras alrededor de la Independencia.

En el caso de Colombia, la literatura histórica y biográfica sobre el Libertador en clave panegírica a finales del siglo XX es tan amplia que, en comparación, la que le controvierte (no solo dentro del país), parece poca sin serlo. La revisión literaria del pasado histórico

nacional y sus consecuencias, tanto de hechos como de historiografía, aunque desarrollada ya desde la primera mitad del siglo XX, pareció acrecentarse en las últimas décadas con el auge de la novela histórica, donde la figura de Bolívar y el tema de la Independencia fueron tornándose poco a poco menos inusuales.

La literatura ha desentonado en varias y reconocidas ocasiones con respecto al aire laudatorio de muchos de los textos históricos oficiales que retoman momentos significativos de la formación de las nuevas repúblicas. Y las veces que se ha salido de esta tradición son bastante significativas por sí mismas y también en conjunto, entre otras cosas porque, reunidas y vistas en retrospectiva, conforman un corpus en el que puede detallarse el desarrollo del personaje histórico y el del literario. Además, constatan las previsibles voces en desacuerdo desde el arte que muestran con otro criterio la posición de los escritores frente al personaje histórico y a su carga simbólica como parte de la historia presente y futura de estos países.

El estudioso Hugo Méndez Ramírez, a partir de tres poemas —uno de José Joaquín Olmedo, otro de José María Heredia y uno de Pablo Neruda—, del cuento de Borges «Guayaquil» y de la novela de García Márquez *El general en su laberinto*, muestra cómo la imagen de Bolívar como personaje literario se transformaba en relación con nuevos momentos históricos, y con los cambios de la narrativa. Con respecto a la condición de «novela» del texto de García Márquez, y especialmente de su tratamiento polémico de la figura histórica, que generó reacciones displicentes e incluso hostiles, Méndez dice que el texto «amenaza en su raíz a la más arraigada y tradicional concepción de la historia e imagen oficial del caudillo. [...] no se plantea como un texto que se agrega o inserta en el grueso volumen de la historia sino como un texto que la interpreta, la destila y la sopesa» (1997: 209). A partir de este punto y otros que extienden este camino de desacuerdo o revisión con textos como *Conviene a los felices permanecer en casa* (1992) de Andrés Hoyos y muchos otros que retoman la Independencia y la República, la narrativa colombiana de principios del siglo XXI que reescribe a Bolívar y otros próceres pasa a oponerse a la percepción predominante sobre ellos.

Las obras literarias publicadas a comienzos del siglo XXI se alinean con textos, investigaciones y conclusiones que no fueron reconocidos por la historia oficial en su momento por el hecho de contradecir la imagen de heroísmo sin fisuras de Bolívar y otros

próceres y, principalmente, por arrojar con esto sombras sobre el núcleo histórico de la Independencia.

Montoya con *Adiós a los próceres* (2010) y Rosero con *La carroza de Bolívar* (2012) recrean a Bolívar bajo la luz de «otra» historia y de tiempos cercanos al presente real de las novelas. Las «otras» versiones de los hechos en las que se basan provienen de distintas fuentes, entre las que figuran, por ejemplo, los ecos de la tradición oral sobre los desaciertos y «villanías» de Bolívar en el país, las investigaciones desterradas de la celebridad por sus conclusiones desafortunadas como los *Estudios de la vida de Bolívar* (1925) —con temas personales casi nunca tratados antes— del historiador José Rafael Sañudo, y hasta la semblanza de Bolívar en la American Cyclopedia hecha por Karl Marx, muchas veces tachada de vaga e imprecisa.

La carroza de Bolívar es una novela sobre un médico de la ciudad de Pasto que en 1966 encarga a unos artesanos la construcción de una carroza sobre el «mal llamado libertador» (denominado así en toda la obra), con una representación prácticamente ofensiva para la época: Simón Bolívar entronado en una carroza tirada por doce vírgenes de yeso que soportan y arrastran angustiosas el vehículo. Todo esto para el desfile de un carnaval de principios de año.

La novela se divide en tres partes: la primera cuenta la vida del doctor Justo Pastor Proceso, su situación familiar y el origen del plan de la carroza, alimentado por su proyecto de escribir también él unos estudios «clarificadores» sobre la vida del «mal llamado libertador». La segunda parte narra una reunión en su casa con sus amigos, personalidades prominentes de la ciudad (alcalde, párroco y profesor), donde se lleva a cabo un recuento y una recomposición —bastante documentada— de datos históricos sobre la «otra versión» de los momentos claves de la vida militar de Bolívar, basados en varios estudios reales. Y la tercera y última parte narra la fiesta del carnaval, la conspiración de una docena de estudiantes reclutados como células urbanas de las nacientes guerrillas colombianas y los intentos de dicho grupo por asesinar al doctor Proceso y destruir la carroza como un acto acorde, según ellos, a los ideales guerrilleros; también se cuentan los últimos días de la vida del doctor, el desenlace —que no es tal— de su fallida relación matrimonial y familiar y el destino misterioso de la carroza.

A diferencia de la novela de Rosero, el libro de Montoya se compone de veintitrés «semblanzas» cortas, tituladas con el nombre de cada uno de los próceres de la historia colombiana que reseña y seguidas de una profesión adjudicada por el autor con base en las

virtudes conocidas del personaje aumentadas como en una caricatura para un logrado efecto cómico: «Pedro Fermín de Vargas, farsante», «Policarpa Salavarrieta, espía», «Simón Bolívar, bailarín».

En cada una se cuentan momentos importantes en la vida de los personajes, con un lenguaje que tiene poses grandilocuentes, imitando la apología de la época en que los personajes vivieron. Sin embargo, en el halago ampuloso se ve claramente una parodia severa que pone en tela de juicio la «supuesta» contribución benevolente, estruendosa y sacrificada de estos personajes, razón además de su importancia histórica nacional, y la conmemoración que está detrás de todos los monumentos y nombramientos de escuelas, instituciones y lugares públicos adornados con sus bustos, apellidos o imágenes —menos en el caso de Francisco José de Caldas, donde el tono de reprobación es ambiguo y poco puntilloso; el mismo escritor hará de él un personaje importante en su novela *Los derrotados* (2012)—.

Retomando una vez más el artículo de Méndez Ramírez, este expone cómo literariamente el desarrollo del personaje de Bolívar ahondaba cada vez más en las ambigüedades, la contradicción o el espacio existencial, al mismo tiempo que se iba indagando en la historia y el destino inestable de las nuevas repúblicas que «libertó».

El análisis de Méndez, como el de Montoya sobre la novela histórica colombiana, seguirá los planteamientos de Lukács y Hayden White sobre las relaciones entre historia y ficción. La unión de estos dos mundos —la historia personal de Bolívar y los rumbos futuros de los jóvenes países— es una relación, según Méndez, que ha explorado clara y profundamente la literatura de tema bolivariano desde la primera hasta la última obra que reseña en su artículo. En el caso de las dos novelas colombianas, este vínculo es innegable para analizar las obras y es llevado hasta las últimas consecuencias, carentes de jubilosas asociaciones.

En esta vía, Méndez escoge una cita del libro de García Márquez: «este país caerá sin remedio en manos de la multitud desenfrenada para después pasar a tiranuelos casi imperceptibles, de todos los colores y razas» (1989: 148). Y el cumplimiento de los vaticinios que pone García Márquez en boca de Bolívar es un puente entre esta época y aquella, como también un recurso para reafirmar la lucidez y clarividencia del personaje y la certeza de los futuros señalamientos e incomprensiones hacia sus acciones militares. Señala Méndez a propósito de *El general en su laberinto*:

No se trata, pues, de una simple y llana recreación excéntrica o esperpéntica del caudillo, sino de una revisión histórica, de un comentario o posición frente a la Historia, con mayúscula, que invita al lector a la reflexión sobre el destino latinoamericano. [...] lo que verdaderamente cuenta más que los verdaderos hechos o las recopilaciones «fieles» de los historiadores es la imaginación o percepción que vive en la conciencia colectiva de un pueblo. Esa es la verdadera historia que determina el comportamiento y actitud de los pueblos y las naciones. García Márquez socava magistralmente nuestra confianza en lo que cuenta la historia [...] para que esa importancia de la historia sea ocupada por la ficción (1997: 211-212).

El efecto que produjo esta nueva imagen de Bolívar frente a la tradicional con la publicación de *El general en su laberinto* devino en debate. Era 1989. La solemnidad de los temas históricos en general, presente en cada ambiente social, solo empezaba a ser neutralizada poco a poco en la literatura colombiana a través primeramente del humor hasta llegar a lo que en estas obras se muestra como una oposición directa y documentada.

Las dos obras aquí reseñadas arremeten sin ninguna indulgencia contra el mito de «El Libertador» en el que García Márquez aún apoyaba las añoranzas y la complejidad de su personaje. Y, con esto, entran en una ruptura no solo con la tradición literaria, sino también con el Bolívar y con el relato histórico de una antigua generación, sin perder por ello el lugar común de los ideales nacionales. El mismo título de «bailarín» en el libro de Montoya es ya un guiño irónico a la semblanza de García Márquez. Y hay que añadir que, en el contexto temporal y teórico de estas obras, existen estudios académicos interdisciplinarios y de las ramas de las humanidades que, en su discusión sobre la historia, pasan también a ser muy poco condescendientes con la versión conocida de la Independencia.

Un ejemplo: contextualizando el viaje de Humboldt a Latinoamérica en los albores de este momento decisivo para las Colonias, Mary Louise Pratt repasa brevemente todo su trasfondo:

Contrary to what stereotypes might suggest, the Spanish crown sought to reassert control by means of a liberal reform movement. [...] Spain began pushing to modernize what it saw as unenlightened colonial social and political structures built on religious dogmatism, local despotism, slavery, and brutal exploitation of indigenous people. To many members of the creole elites, Spain began to look less and less like their protector against the rebellious masses; to members of the subordinated majorities, it began to look less and less like the enemy oppressor. Conservative creoles were infuriated by legislation to guarantee the rights of the subordinated majorities in the colonies, to open schools to the «free colored» population, to correct abuses of slaves, indentured labors, tribute systems, and so on. [...] some creoles supported

Independence mainly as a way to secure their class privileges against the liberal challenge from the mother country¹⁴ (2008: 112).

Teniendo en cuenta estas y otras consideraciones que aparecen por fuera de la ruta establecida en Colombia por la historia oficial para el estudio de Bolívar —desde los primeros himnos nacionales hasta los textos escolares— y de la que son plenamente conscientes los escritores, empieza a desvanecerse de la Independencia y sus gestores el carácter desinteresado y libertario. Se puede inferir de ellas, como de las obras, que varias fueron las razones de la adhesión de muchos a la causa independentista, pero que en el impulso fundacional y mayoritario de la Independencia y en su origen, varios investigadores, incluyendo los dos autores aquí reseñados, coinciden en la primacía de intereses privados y la fuerte intención de la suplantación y conservación del poder por parte de quienes lo ostentaban modestamente, y no una reforma del sistema herméticamente jerarquizado, a favor del bienestar mayoritario.

Para llevar a cabo la conquista de esta dudosa «libertad», según lo que plantean los escritores, era necesaria una guerra y unos artífices, una estrategia y unos militares entre los que Bolívar destacaba, en detrimento de la popularidad de la corona española entre los criollos. La guerra y sus batallas no son justas, ni en pasadas o presentes épocas, por lo que una versión endulcolorada de Bolívar de benefactor justo, como lo pone la historia oficial o las cartelas de sus bustos en los parques de los pueblos colombianos, no correspondería con la revisión actual de los hechos y este inciso no será menor ni en la narrativa ni en los estudios académicos.

El desdén hacia los historiadores y hacia una tradición historiográfica que permite por intereses ajenos tales sesgos se vuelve evidente. Tampoco satisface a estos escritores ni encaja sin cierta presión el retrato de valentía supraterrrenal que plantea García Márquez, el cual mantiene verosimilitud interna entre otras cosas por el tono de soberbia honestidad con que el personaje justifica la violencia de las campañas frente a una hipotética mirada europea que

¹⁴ «Contrario a lo que podrían sugerir los estereotipos, la corona española buscó reafirmar el control mediante un movimiento de reforma liberal. [...] España comenzó a presionar para modernizar lo que vio como estructuras sociales y políticas coloniales construidas sobre el dogmatismo religioso, el despotismo local, la esclavitud y la brutal explotación de los pueblos indígenas. Para muchos miembros de las élites criollas, España comenzó a parecerse cada vez menos a su protector contra las masas rebeldes; para los miembros de las mayorías subordinadas, comenzó a parecerse cada vez menos al enemigo opresor. Los criollos conservadores estaban enfurecidos por la legislación para garantizar los derechos de las mayorías subordinadas en las colonias, para abrir escuelas a la población «libre y de color», para corregir abusos de esclavos, trabajos forzados, sistemas de tributos, etc. [...] algunos criollos apoyaron la Independencia principalmente como una forma de asegurar sus privilegios de clase contra el desafío liberal de la madre patria».

ignora a propósito su propio pasado violento. Esto no parece suficiente para los escritores cuando se trata de sacudir la ingenuidad de un supuesto lector poco enterado, educado o informado con la versión escolar en la que se relata solo lo primero: un arrojito fabuloso y magnánimo que cierra paso a cualquier posible objeción moral.

Rosero y Montoya no hacen concesiones. Hablarán de hechos y rasgos del carácter de Bolívar que no se incluyen normalmente en las semblanzas tradicionales, como la traición a Miranda o su crueldad, que podía llegar hasta límites tan desmedidos y probados como la orden que dio vía a la llamada Navidad Negra en Pasto, conocida como la primera gran masacre de Colombia¹⁵. Esto no sería coherente con el hombre que en Europa ahondó en el estudio y los valores de la Ilustración, ni con la calidad de sus escritos, los elementos más destacados de su gran talento humanista según sus más reconocidos biógrafos e historiadores en el país.

Es muy importante para la novela de Rosero el hecho de estar situada allí precisamente, en la ciudad de Pasto, a mediados del siglo XX. Es Pasto uno de los lugares en Colombia que más padeció el ensañamiento y la educación «correctiva» poco piadosa de Bolívar por su resistencia y lealtad a la corona española; allí, para la época del libro, ciento cuarenta años después del muy luchado sitio, aún podían estar vivos los recuerdos de estas sórdidas campañas.

Desde siempre la provincia pastusa padecía los impuestos de España, y los impuestos se recrudecieron con el Libertador Simón Bolívar, que incluso mandó que los indios continuaran pagándolos tal y como los pagaban con la Monarquía. [...] «No habría libertad mientras hubiera libertadores» era un dicho popular. Los libertadores, indica Sañudo «infatuados por un necio orgullo, creían que ellos solos habían dado la independencia a la república, y en nada estimaban los sacrificios de los pueblos, y estaban persuadidos de que Colombia debía ser patrimonio suyo» (Rosero, 2012: 96).

El complemento documental de los textos juega un papel importante no solo para «socavar» la confianza en la versión oficial conocida y promovida por la historiografía estereotípica de Henao y Arrubla, sino para ir mucho más lejos y, con completa osadía, desbaratar sus cimientos.

¹⁵ Se conoce como Navidad Negra de Pasto a la toma de la ciudad de Pasto por parte de Bolívar y su ejército el 24 de diciembre de 1822. Pasto era todavía un fortín del bando realista adherido al poder español opuesto a la causa republicana que defendía Bolívar, por lo que la incursión fue violenta y derivó en la ejecución de cientos de habitantes. Más información en: [<https://www.senalmemoria.co/navidad-negra-pasto-en-memoria>; <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-50875959>].

Si estos autores no son simples detractores de la figura de Bolívar, ¿hacia dónde se dirigen estas críticas o estas rectificaciones? Estos relatos no parecen buscar la reparación de los enfoques morales de la Independencia, ni pretenden subsanar «porque sí» o por un simple capricho la tergiversación historiográfica que les antecede para reemplazarlos con una «verdad» alterna u otra «ficción» o creación artística. Acometen la imagen de Bolívar y la gravedad de los «mecanismos» fundamentales del entramado histórico en el país para exponer dos señalamientos inseparables en los textos que apuntan hacia la crisis de Colombia como nación y su inseparable vástago: la violencia.

Estos señalamientos son: en primer lugar, la necesidad de reconocer el desajuste malintencionado en las bases y el mantenimiento de la historia oficial; y, en segundo lugar, la de fijar relaciones directas entre la guerra presente o el largo conflicto interno, con la Independencia y la formación de la República, consideradas en las dos obras como los arquetipos claros de la adquisición, legitimación y prolongación del poder en Colombia. Es decir, la relación de aquel momento glorificado por generaciones con los modelos de gobierno y luchas armadas que se han reproducido sin cesar hasta el presente de las obras reforzadas con la problemática noción de oligarquía y de una «casta» política primigenia, central e inamovible.

Su triunfo más descomunal, sin embargo, es la herencia que hemos tenido que soportar a lo largo de estos años nefastos. Su sueño libertario que no demoró en convertirse en pesadilla. Las guerras sin fin, los ubicuos payasos militares que en su utopía colombiana se dan como conejos en conejera, las tiranías ridículas pero sangrientas, las proclamas donde se obliga a los niños y a los viejos a tomar las armas, los reclutamientos colectivos del pueblo para lanzarlo al matadero de la gloria, los decretos de la corruptela barnizados con lenguaje rimbombante. [...] Toda la marcial pedantería se la debemos entera a su inteligencia elevada (Montoya, 2010: 124).

Sólo en eso se ocupaba [su poder], mientras demoraba las prioridades vitales de la nueva República: la educación, la industria, que constituyen la independencia real de un país —no la de un amo que se reemplaza por otro. [...] Los más ingenuos dicen ahora que pretendió la monarquía para combatir las brutalidades, y veleidades de la época, nada menos cierto: él mismo encabezaba veleidades y brutalidades, él mismo era el prototipo. El sueño de la Gran Colombia era el sueño de sí mismo, de su poder. Delegaba autoridad y riqueza pública en militarotes burdos y en pensadores zafios, [...] los mismos que a su ocaso hicieron la desgracia de Colombia, imitándolo como pequeños espejos donde la suerte los llamó. En la carne viva de la Gran Colombia (sueño bello si se mira como un niño, pero sueño de nosotros, no de Bolívar) en la carne joven de la Gran Colombia sus adláteres hendieron sus latrocinios: Si lo hizo él lo hago yo (Rosero, 2012: 128).

Hay una superposición clara de la figura de Bolívar con los actuales poderes políticos y militares y, a lo largo de las dos obras, se produce, con datos históricos, el desarrollo de sus semejanzas. Hay una superposición del discurso histórico y de los discursos políticos contemporáneos que resulta en fuertes semejanzas. El escepticismo y su consecuente desencanto trabajan aquí en las narraciones con retroactividad.

Se viene a decir en estos textos que esta idea de nación, que agrupa los principios, los valores y los intereses que forman la identidad de una sociedad y la cohesionan, en Colombia se formaron sobre un equívoco, sobre una «farsa» confeccionada que por generaciones han guardado, defendido e impuesto celosa e injustamente los mismos grupos sociales herederos de los fundadores de la nueva República valiéndose de la violencia y la historia, antes para legitimar su poder que para defender la libertad del pueblo que dirigen, y que por eso no han evitado, sino contribuido al estado lamentable y pantanoso en el que el país se ha mantenido por tanto tiempo.

En esa atroz equivocación se empezó a construir el edificio de nuestras naciones: vale más la mentira que la verdad, más el artilugio, la puñalada tramera: el fin justifica los crímenes. «Los pueblos», decía Simón Bolívar a Perú de Lacroix, «quieren más a los que más males les hacen; todo consiste en el modo de hacerlo. El jesuitismo, la hipocresía, la mala fe, el arte del engaño y de la mentira que se llaman vicios en la sociedad, son cualidades en política, y el mejor diplomático, el mejor hombre de Estado, es aquel que mejor sabe ocultarlos y hacer uso de ellos» (Rosero, 2012: 70-71).

Esta «demolición» cínica de la patria es un duro, hondo y sentido señalamiento a los sistemas de gobierno y la criminalidad contemporáneos a las obras que, ocultos en el halo de historia y legalidad, obstaculizan el bienestar general de los ciudadanos con unas formas —mezquinas, centradas en sí mismas y de pocas miras— muy parecidas a las de antes según las obras. En ellas queda claro que no puede construirse nada sobre la rememoración viva del favoritismo, la represión o el abuso, ya que es esto mismo lo que continúan. Las estatuas y las plazas del Libertador y demás próceres de la Independencia que exalta la historia oficial no hacen sino perpetuar una paradoja, representar un yugo¹⁶:

¹⁶ «Es decir que *Adiós a los próceres* no solo se refiere a la época de la Independencia; se refiere también (o principalmente) al presente. El punto de vista subversivo que adopta la obra establece una relación de causalidad entre un pasado altamente celebrado por la historiografía oficial y los infortunios que marcan el hoy de Colombia» (Saldarriaga, 2017: 53).



«Pastuso asesinado por: Simón Bolívar». Graffiti aparecido en 2010 con motivo de la celebración del Bicentenario de la Independencia. Pintado en varias calles de la ciudad de Pasto (Colombia) por el artista Psicoamnesia.

El texto de Hans-Joachim König, incluido en el tomo antológico de Karl Kohut sobre literatura colombiana (1994), plantea la cuestión de la parcialidad de la historia como uno de los puntos trascendentales en el poco éxito de los procesos de agrupación ciudadana en Colombia. Se oponen aquí los intereses políticos a los de la ciudadanía, donde, en el campo de la historia, los primeros han dominado a los segundos. En el concepto de nación basado en varios autores —Francis, Lepsius, Deutsch, Anderson— que König retoma, el consenso colectivo sobre el pasado y los ideales, al tener estos un carácter constructivo y participativo, debe ser emblemático y, por tanto, prioritario en el gobierno que los salvaguarda.

Los largos años de instrumentación política y la falta de prioridad académica hicieron de las bases de la historia en Colombia un cimiento social débil y algo caprichoso. Si es este uno de los pilares del concepto de nación que reúne a un grupo en torno a un pasado o a unos ideales, tendremos ya aquí un primer dilema.

El análisis de König compara informes de años diferentes de la Academia Colombiana de Historia (1902, Bogotá), que elaboraba el material para los reportes que luego irían en los libros de escuela y demás textos académicos y de divulgación. La mudanza en los objetivos de la enseñanza de la historia que difundía la Academia va a verse relacionada claramente con los cambios políticos del Estado, único subsidiario de la institución. Los énfasis en tal o cual acontecimiento se encontraban generalmente al servicio de objetivos ejemplarizantes que alimentaran la «sumisión» antes que la unión del pueblo.

La relevancia y la persistencia de héroes como Bolívar y demás próceres, que inspiraran y condensaran la idea y la historia de la patria (o sus gobernantes), se basaban en simpatías y conveniencias heredadas y no tenían una oposición que hiciera contrapeso a la dominación de la parcialización de esta temática. Se exceptúan en esto los años de La Violencia, cuando las inclinaciones políticas eran fragmentarias y las rebeliones inminentes, y en que se impuso e intensificó en la educación, a modo de forzado instrumento de unificación ciudadana, el «culto» a los próceres y la «veneración» a los valores cívicos y los símbolos patrios, iniciativa en contravía con la pluralidad democrática, el reconocimiento de las diferencias y el derecho a la verdad y el esclarecimiento en medio de los siempre confusos sucesos de la guerra. Rosero incluye esta época crítica en su obra y en la figura de un profesor apaleado representa la dificultad de una enseñanza de la historia no coactada por el poder estatal ni tampoco, irónicamente, por las luchas emergentes de aquel momento en el país mal informadas, ya que bajo este esquema de información sesgada las biografías van a ser retratos maleables a favor de superficiales, flojos y fracasados intentos de unificación ideológica.

König concluirá su texto con un reproche a los historiadores oficiales colombianos del siglo XX en Colombia, cercanos al poder por haber utilizado la historia y la historiografía como herramientas políticas des-informantes, quitándole al quehacer histórico sus capacidades científicas, sus funciones sociales y, sobre todo, su idoneidad para generar criterio individual. También destaca las discusiones que en ese momento (1991) se estaban dando con respecto a esta tendencia parcializada que empezaba a entrar en crisis; crisis que no tuvo la fuerza esperada para replantear la historia institucionalmente y sus alcances, pero que, sin suplir estas necesidades, dio cabida temporalmente con posterioridad a iniciativas socialmente relevantes y con mayor independencia como, por ejemplo, el Centro Nacional de Memoria Histórica.

Por el lazo con el presente, los dos autores sitúan sus obras en un tiempo cercano y van de allí al pasado a través del puente de la palabra. Este trabajo, memorialista en la medida en que el pasado es reinterpretado para entender el presente —en el caso de Colombia el presente difícil y caótico de la publicación de las obras—, busca escarbar en los orígenes y la formación del país para: por un lado, detectar los intereses historiográficos y cuestionar las glorias impuestas; y, por otro, buscar de algún modo una justicia colectiva que incluya en la historia a la mayoría, a la otra cara de la moneda, al padecimiento de los ciudadanos más

vulnerables —en el caso de Rosero a los de Pasto, y en el de Montoya a todos— y a sus testimonios y no solo a unos héroes en la historia venidera.

Es por esto por lo que, siguiendo este camino, la mención e inclusión del conflicto armado interno se presenta como la otra orilla del pasado de la Independencia en estos dos retratos de Bolívar. Las dos aguas en que se movía, la liberación —o usurpación— de la hegemonía —española— y el poder paternalista personificado en él mismo —a favor de los independentistas, y no del pueblo «indefenso»—, han sido las razones señaladas por los escritores, dentro y fuera de las novelas, que explican la ambivalencia del personaje histórico reflejada en el país en la simpatía por él de grupos tan disímiles como los oligárquicos y los insurgentes. Esto puede que explique también cómo en dos países vecinos, miembros primigenios de la Gran Colombia, Colombia y Venezuela, hacia principios del siglo XXI los ideales bolivarianos fuesen defendidos y adaptados por partidos completamente contrarios en ideología y praxis: el Partido Conservador Colombiano —de tendencia de derecha— y el Partido Socialista Unido de Venezuela —de izquierda—, como apuntan también Pablo Montoya (2009) y Camacho (2011: 61). El asesinato del doctor Proceso en *La carroza de Bolívar* a manos de jóvenes guerrilleros que defienden la figura de Bolívar ilustra el paroxismo de esta ambigüedad.



Primera lección, (Desaparición del Escudo), Bernardo Salcedo, 1970. Cinco Vallas. Serigrafía.

Hay una fuerte preocupación por la cuestión histórica y sus repercusiones relacionadas con la guerra y su duración. Se intenta demostrar cómo la historia en Colombia refleja la desigualdad y cómo, en vez de reivindicar unos valores sociales, se usa para redimir cualquier tipo de poder y violencia a una oposición para sabotear un acuerdo general, encumbrar la injusticia, excluir el esclarecimiento y alimentar la desinformación.

En vías de poner fin al conflicto y dar cabida a un proceso de reconciliación social a finales de la primera década del siglo XXI, las instituciones públicas se adentraron en el tema de la historia del país, dado que la búsqueda de un consenso en el relato sobre lo ocurrido en los años de guerra, además de sustentar procesos judiciales excepcionales, serviría como una vía de reparación simbólica para la ciudadanía. Pero en Colombia el recuerdo de una injusticia igualmente podría acarrear otra: situaciones de victimización en las que al intentar rastrear su origen se empieza una cuenta regresiva de agravios que hacen el ejercicio del recuerdo algo riesgoso. Hay cadenas de acción y reacción que se remontan a años o décadas que en algún momento se salieron de control y de las que no hay manera de precisar un comienzo o un final. En el siglo XXI, promover un movimiento social de memoria era crear una oposición o resistencia a una historia oficial excluyente, pero también para muchos significaba algo así como abrir una caja de Pandora: lidiar con recuerdos desapacibles esparcidos por muchos lugares y muchas mentes, un reto demasiado grande pero impostergable que podía ser peligroso y traer más espirales de violencia. ¿Cómo enseñar al país a recordar sin paternalismos ni condescendencias, sin versiones usadas ni remotas? ¿Cómo recordar una guerra sin indignación y rencores? Eduardo Pizano, en su artículo *Los riesgos de la memoria*, retomando al historiador Daniel Pécaut, dice: «uno de los mayores problemas de nuestro país es que siempre nos quedamos anclados en el pasado, recreando sus dolores y sus agravios y que somos incapaces de construir un proyecto colectivo en torno a la nación soñada» (2017). Esta apreciación la comparte la politóloga María Emma Wills, asesora del CNMH. Al reproducir su entrevista con David Riff, un periodista abiertamente en contra de las políticas de recuerdo gubernamentales después de cubrir los conflictos de Ruanda, Kosovo y Bosnia, escribe en su introducción:

Ubiquemos su antipatía y la contundencia con la que critica la memoria histórica: tanto Bosnia como Ruanda son enormes tragedias humanas en las que la manipulación de los nacionalismos y las diferencias étnicas desemboca en masacres y genocidios a gran escala. Más que detener estas dinámicas, la memoria colectiva, manipulada por políticos y militares, sirvió para reavivar agravios históricos (ficticios

o reales) y atizar venganzas y odios entre vecinos. De allí, de esa experiencia concreta, nace la necesidad de cuestionar, con agudeza, algunas normas que se han ido estableciendo como verdades inobjetables: la primera, «aquellos que no recuerdan el pasado, están condenados a repetirlo». La segunda: todos tenemos, frente a las víctimas, el imperativo de recordar (Wills, 2016).

En el núcleo de estas dos novelas se encuentra este dilema en la ilustración de la intolerancia hacia un relato del pasado visto a través del cuestionamiento de la investigación académica o la sátira, como también en la incomodidad personal con un discurso histórico procedente del ámbito institucional y político. El mal «funcionamiento» y la unilateralidad de la historia nacional han sido tan perjudiciales para la realidad de Colombia como el olvido institucional. El hecho de equiparar a los próceres o a Bolívar con los actores estatales del conflicto, poniéndolos en una posición completamente canjeable con cualquier otro personaje político, y cerca de las fechas de la celebración del Bicentenario, fue una manera de reafirmar una posición historiográfica y literaria de desconfianza en cualquier «solución» al tema histórico proveniente solo de las mismas estructuras de poder.

La literatura y el arte en Colombia trataron de llenar con su relato el lugar vacío de los recuerdos imposibles y muchas novelas fueron quedando a lo largo de los años como depósitos o bolsillos desplegados para salvaguardar hechos y recuerdos. Pero pasó que muchas veces de depósito pasaron a ser trasteros. Lugares de olvido.

Un ejemplo que se le ha dado a esto es *Cien años de soledad* y su rescate de la masacre de las bananeras —asunto gaitanista por excelencia—. Por ser un recordatorio y a la vez un material para el olvido, Antonio Caballero, columnista y escritor, llama a la novela en la celebración de los cincuenta años de su publicación «un manual de historia para Colombia»:

[...] muchos colombianos descubrieron con asombro, leyendo *Cien años de soledad* de García Márquez, que este país había vivido siempre desangrado por las guerras civiles, asolado por los horrores recíprocos de los liberales y los conservadores, desgarrado por las traiciones de los unos y los otros, paralizado por los enredos de los abogados vestidos de negro. Y cegado por las mentiras. En suma, o en resumen: descubrieron la historia verdadera. Tuvieron que descubrirla en la ficción de la novela. No porque no existiera una historia más veraz que la de los mellizos idénticos en las alturas más o menos inaccesibles de la academia. Cuando se publicó *Cien años de soledad*, hace ya 50, ya a la endulcolorada y edificante versión de Henao y Arrubla se habían superpuesto muchos libros más serios, y menos entusiastas; pero la consciencia nacional no había calado entre nosotros como lo hizo, prácticamente de la noche a la mañana, gracias a esa novela. Fue una revelación. Nadie sabía, para poner un ejemplo anecdótico, pero, por simbólico, trascendental, que en nuestro lindo país colombiano había ocurrido la gran matanza oficial de los huelguistas de las bananeras de la United fruit. Había sido denunciada en su momento en el

Congreso por Jorge Eliécer Gaitán, quien con eso ganó la fama de peligroso revolucionario que iba a culminar con su asesinato, pero la habían escamoteado de los libros oficiales de enseñanza. [...] Pero le ha sucedido también a ese libro literalmente magistral, es decir, de magisterio, lo mismo que a las guerras de los Aurelianos y las parrandas de los José Arcadios que colman sus páginas: que no le ha enseñado nada a nadie. Porque no es más que la repetición de la repetidora, o la demostración práctica de que el tiempo da vueltas en redondo como la Tierra alrededor del Sol (2016).

3. Conclusiones

El vacío de una narración histórica que no provenga de una tradición oficialista y que recuente la destrucción, la injusticia, la violencia, la muerte y la falta —o la presencia— de la esperanza que han vivido las víctimas de los conflictos ha sido advertido, incorporado, discutido y resarcido por los escritores y los artistas en el país incontables veces y con distintos resultados. Esta reiteración, en vez de tapan la oquedad, la ha profundizado. Esta repetición vacía que no genera reflexión y que por el contrario ahonda diferencias y rencores es lo que Todorov denomina «abusos de la memoria» (2008: 19); en estos casos los depósitos de información sobre el pasado no han favorecido una reconciliación con un pasado problemático o no han motivado el conocimiento o la indagación de este para fines socialmente positivos.

Como dice el entrevistado Reiff: «la memoria colectiva no se trata del presente, sino de cómo el presente usa al pasado. Y puede resultar en un uso bueno o en un uso malo. [...] Eso nos mete en otro debate: ¿cómo sabemos cuáles son las memorias correctas? ¿Quién tiene la autoridad, cuáles son las mejores?» (Wills, 2016).

Estas dos novelas advierten del peligro del vacío histórico recurrente cada cierto tiempo en la esfera pública del país, que puede ser llenado con la versión que más convenga al poder o a la violencia. Hay una enorme distancia de un consenso general sobre los acontecimientos y sobre la idea de nación, y los estudios académicos y las novelas no son suficientes para salvaguardar por ellas mismas la memoria histórica del país¹⁷. Los dos libros nos acercan a una conclusión poco agorera, y es que en el territorio colombiano se levantaron repúblicas

¹⁷ En el año 2019 el gobierno del presidente Iván Duque nombra director general del Centro Nacional de Memoria Histórica a Darío Acevedo, acto que despierta reacciones encontradas ya que Acevedo, cercano al partido político de Duque, el Centro Democrático a la cabeza del expresidente Álvaro Uribe, niega el conflicto armado en el país, lo considera sucesos de terrorismo aislado, y empieza editando el contenido de exposiciones preparadas y ejecutadas desde antes de su nombramiento. Las organizaciones de víctimas del conflicto amenazan en el año 2020 con retirar sus testimonios y documentos si no se destituye a Acevedo de su cargo. Véase [https://elpais.com/internacional/2020/02/05/colombia/1580937120_937970.html].

como gigantes con pies de barro que hasta principios del siglo XXI todavía luchaban y se recomponían sin una forma de orden fija.

Por una parte, la aplicación de ideologías políticas, ordenamientos territoriales, religión, historias de guerra, de santos y próceres, etc., para instituir a la fuerza una unidad geográfica, administrativa, de identidad o de cualquier otra categoría no ha estado por fuera de una violencia estructural. Por otra parte, la cultura no ha dejado de denunciar esto. Estos dos libros quedan como la prueba de que, sea cual sea la versión que perdure, en un entorno de violencia e intolerancia, el pasado es vulnerable y se convierte muy pronto en un medio con fines egoístas alrededor de los cuales no puede construirse un acuerdo duradero.

Estas visiones de Bolívar y de los próceres en general, sin dejar de lado ciertos hechos, ponen en un contexto cercano a la publicación de los libros la historia de la Independencia y juegan con eventos y tiempos para reformular sus significados y proponer otro tipo de trámite con el pasado y hacer un llamado hacia la necesidad de un cambio trascendental de la historiografía. Hay un diálogo en estas narraciones con los datos, con la realidad colombiana, con la historia y con la guerra. La forma de la parodia de Montoya es más concisa en atacar con humor la solemnidad del personaje, pero ambas intentan «corregir» la versión oficial. Como dice Burgos Cantor:

Las novelas históricas en América Latina no tienen una tradición única. Vienen desarrollando tres fuentes: la fuente paródica, con la cual el escritor responde a todo ese mundo de solemnidades, de falsos heroísmos y lo aterriza mediante la parodia, el humor, la mordacidad. Otra fuente que es la novela histórica como corrección de la realidad: el escritor encuentra algo en lo cual [usa] el poder corrector del arte, ya que la vida es caótica y el hecho está exagerado, el hecho está deformado por un interés espurio, por un interés maligno. El escritor con ese poder corrector del arte plantea otra verosimilitud. Y una forma [fuente] más, que es discutible o de poco interés, es el afán de los editores ingenuos que contratan escritores para que les cuenten a los lectores de una manera fácil, asimilable, un problema complicado (Telepacífico, 2013).

La siembra de la duda es lo que puede dar en la escala individual del lector un nuevo giro a la leyenda que puede o no complacer a los detractores de esta figura, a los desinteresados o a los guardianes institucionales o autoproclamados de la misma. Más allá de la figura histórica y del escarbar en el doloroso pasado y presente nacional, los textos reflejan el vivo interés de reivindicar la necesidad de una historia menos exaltada, de una versión más serena, que pueda ser un bien al menos cómodo de poseer para cada ciudadano y que deje páginas en blanco para las nuevas Colombias.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CABALLERO, Antonio (2016): *Historia de Colombia y sus oligarquías* (proyecto digital), Biblioteca Nacional de Colombia. Disponible en línea: [<http://bibliotecanacional.gov.co/es-co/proyectos-digitales/historia-de-colombia/libro/index.html>] (20/01/2020).
- CAMACHO DELGADO, José Manuel (2011): «Colombia y la narrativa de la Independencia», *Philologia Hispalensis*, 2011, pp. 49-64. Disponible en línea: [http://institucional.us.es/revistas/philologia/25/art_4.pdf] (20/01/2020).
- CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA (2013): *¡Basta ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad*. Disponible en línea: [<http://www.centrodehistoriahistorica.gov.co/micrositios/informeGeneral/descargas.html>] (20/01/2020).
- GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel (1989): *El general en su laberinto*, Barcelona, Mondadori.
- KÖNIG, Hans-Joachim (1994): «Colombia: país político, país nacional. El problema de la consciencia histórica», en Karl Kohut (coord.), *Literatura colombiana hoy: imaginación y barbarie*, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana / Vervuert, pp. 47-66.
- MELO, Jorge Orlando (1969): «Historiografía colombiana: realidades y perspectivas. Los estudios históricos en Colombia: situación actual y tendencias predominantes», *Revista de la Dirección de Divulgación Cultural*, 2 (enero-marzo de 1969), pp. 15-41. Disponible en línea: [<http://www.jorgeorlandomelo.com/historiografia.htm>] (20/01/2020).
- (2000): «Los estudios de historia social en la última década del siglo: ¿crisis, estancamiento o desarrollo?», ponencia leída en Medellín en el XI Congreso de Historia, Bogotá y Medellín, 2000. Disponible en línea: [<http://www.jorgeorlandomelo.com/bajar/historiasocial.pdf>] (20/01/2020).
- (2010): «La historia de Henao y Arrubla: tolerancia, republicanismo y conservatismo», en Carlos Rincón, Sarah de Mojica y Liliana Gómez (eds.), *Entre el Olvido y el Recuerdo: Iconos, lugares de la memoria y cánones de la historia y la literatura en Colombia*, Bogotá, Universidad Pontificia Javeriana. Disponible en línea: [<http://www.jorgeorlandomelo.com/bajar/henaoyarrubla.pdf>] (20/01/2020).
- MONTOYA, Pablo (2009): *La novela histórica colombiana 1988-2008. Entre la pompa y el fracaso*, Colombia, Editorial Universidad de Antioquia.
- (2010): *Adiós a los próceres*, Bogotá, Edición especial para el Ministerio de Cultura, Plan Nacional de Lectura y Escritura.

- PIZANO, Eduardo (2017): «Los riesgos de la memoria», *Revista Semana*, 9 de diciembre de 2017. Disponible en línea: [<https://www.semana.com/opinion/articulo/eduardo-pizarro-leongomez-opinion-los-riesgos-de-la-memoria/549985>] (20/01/2020).
- PRATT, Mary Louise (2008): *Imperial eyes. Travel writing and Transculturation*, Nueva York/Oxford, Routledge.
- REVISTA SEMANA EDUCACIÓN (2017): «¡Vuelve la historia a los colegios! [Editorial]», 29 de septiembre de 2017. Disponible en línea: [<http://www.semana.com/educacion/articulo/presidente-firma-decreto-clase-de-historia/552097>] (20/01/2020).
- ROSETO, Evelio (2012): *La carroza de Bolívar*, Barcelona, Tusquets Editores.
- SALDARRIAGA GUTIÉRREZ, Sebastián (2017): «La búsqueda posnacional: nación y cosmopolitismo», en *Adiós a los próceres. Estudios de Literatura Colombiana*, 41, julio-diciembre de 2017, pp. 49-62. Disponible en línea: [https://www.researchgate.net/publication/3184440971_La_búsqueda_posnacional_nación_y_cosmopolitismo_en_Adiós_a_los_próceres_de_Pablo_Montoya] (20/01/2020).
- SCHUSTER, Sven (2010): «Colombia: ¿país sin memoria? Pasado y presente de una guerra sin nombre», *Estudios Colombianos*, 36, pp. 30-38. Disponible en línea: [https://www.academia.edu/8159602/Colombia_país_sin_memoria_Pasado_y_presente_de_una_guerra_sin_nombre] (20/01/2020).
- TELEPACÍFICO (2013): «Roberto Burgos Cantor en ConversanDos. Entrevista» (video). Disponible en línea: [<https://www.youtube.com/watch?v=giUjrV6nt20>] (20/01/2020).
- TODOROV, Tzvetan (2008): *Los abusos de la memoria*, Barcelona, Paidós Ibérica.
- TOVAR ZAMBRANO, Bernardo: «Jesús María Henao y Gerardo Arrubla. Nueva lectura de una vieja historia de Colombia», *Revista Credencial*, septiembre de 2016. Disponible en línea: [<http://www.revistacredencial.com/credencial/historia/temas/jesus-maria-henao-y-gerardo-arrubla-nueva-lectura-de-una-vieja-historia-de-colombia>] (20/01/2020).
- WILLS, María Emma (2016): «Las trampas del pasado. Entrevista para *Revista Arcadia*». Disponible en línea: [<https://www.revistaarcadia.com/periodismo-cultural---revista-arcadia/articulo/trampas-pasado-david-rieff-contra-la-memoria-maria-emma-wills-conflicto-armado/50000>] (20/01/2020).